

15. La castidad que espera el Esposo de la Iglesia

Cuando entendemos la pobreza como liberación de todo lo que impide al corazón su abrazo con Dios, entonces comprendemos que la pobreza no debe limitarse a despojarnos de los bienes materiales. La pobreza debe penetrar en el corazón. San Benito se preocupa a lo largo de la Regla de la pobreza de corazón de los monjes, es decir, de que vivan las Bienaventuranzas en su raíz: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos”. (...) Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5,3.8).

Esto implica el voto y la virtud de la castidad. La castidad es ciertamente una renuncia, un desprendimiento físico y emocional para amar al Señor “con un corazón indiviso”. También se exige un espíritu de castidad a quienes viven el matrimonio, para que entre los cónyuges el amor siga siendo gratuito y agradecido, y se viva como un espacio en el que el amor de Dios ocupe siempre el primer lugar y pueda alimentar el amor humano.

La castidad consagrada implica una pobreza de corazón, como he dicho, porque la renuncia a la posesión afectiva es más radical que la renuncia a la posesión de las cosas. Es una pobreza interior en la relación con las personas y con todo. A veces es una herida, un luto profundo, un desierto del alma, una soledad que se queda esperando a Cristo como el Esposo que a veces “tarda en venir” (cf. Mt 25,5).

Vivida así, la castidad participa en la gran espera escatológica de Cristo, la espera del universo, de toda la humanidad, de toda la historia. Todo gime y suspira, como se expresa en la última página del Apocalipsis y así de la Biblia: “El Espíritu y la esposa dicen: «¡Ven!» Y quien lo oiga, diga: «¡Ven!»». Y quien tenga sed, que venga. Y quien quiera, que tome el agua de la vida gratuitamente. (...) Dice el que da testimonio de estas cosas: «Sí, vengo pronto». Amén, ¡Ven, Señor Jesús! La gracia del Señor Jesús esté con todos”. (Ap 22, 17.20-21)

En definitiva, la castidad consagrada, la virginidad por el Reino, no es una renuncia al matrimonio. Más bien, significa tener a Cristo el Señor como único Esposo, y en esto, las personas que viven el voto de castidad no se diferencian de las que viven el modo normal del matrimonio, porque toda la humanidad, incluso sin saberlo, espera al Esposo eterno. La Iglesia es en el mundo la Esposa que espera la venida de Cristo. En esto, la Iglesia está unida al corazón de cada ser humano, es la guardiana del deseo más profundo de cada corazón, y desea a Cristo para todos, y quiere acogerlo desde ahora hasta el final de los tiempos para toda la humanidad. Quien vive en castidad consagrada se une a todo corazón humano, como signo de lo que todo cristiano está llamado a ser en la humanidad, como una levadura que fermenta toda la masa.

Ser consciente de esta dimensión profunda y universal de la renuncia al matrimonio es esencial para no vivir el voto de castidad de forma mezquina y estéril. Así como en la pobreza renunciamos a nuestros bienes para vivir de las cosas del monasterio, en la castidad renunciamos a nuestro matrimonio para vivir del matrimonio de la Iglesia con Cristo, y renunciamos a nuestros hijos para ser padres y madres de los hijos de la

Iglesia. Renunciamos a lo nuestro, a nuestro propio interés, para recibir lo que es infinito y beneficia a todos.

Siempre pienso en la frase de la *Carta de la Caridad* de los primeros Cistercienses en la que los padres fundadores expresan su deseo de beneficiar a los miembros de la Orden y a todos los hijos de la santa Iglesia: "*Prodesse enim illis omnibusque sanctae Ecclesiae filiis cupientes*" (CC I,3). Sólo ahora me doy cuenta de que tal afirmación implica un deseo de fecundidad, de paternidad o maternidad, que deriva de la unión con Cristo, el Esposo de la Iglesia, con Cristo que viene a llevar el tiempo a su término invitándonos a sus bodas, las bodas del Cordero.

No se sirve a todos los hijos de la santa Iglesia, que en sí mismos comprenden toda la humanidad, sin una castidad que pide sólo a Cristo la fecundidad de nuestra vida, que espera de Cristo el cumplimiento de toda la vida y de toda la historia. Es una fecundidad misteriosa, porque Cristo volverá al final de los tiempos, pero la fecundidad de su venida escatológica se manifiesta ya ahora, porque la Iglesia genera ahora los hijos de su Esposo divino y glorioso.

La virginidad por el Reino es un signo de este misterio, y está al servicio de la fecundidad de Cristo en la generación de los hijos de su Padre, en la generación de sus hermanos en el don del Espíritu Santo.

Cuando el Apocalipsis termina con el grito del Espíritu y de la esposa: "¡Ven, Señor Jesús!", no debemos entender esta invocación final como un anhelo del fin del mundo, que llama a la venida del Juez universal. El Espíritu y la Iglesia piden a Jesús que venga para que la humanidad se genere ahora a la vida filial. Jesús vendrá al final de los tiempos, pero también vino en las bodas de Caná (cf. Jn 2,1-11), es decir, viene en la vida presente de la humanidad, para transformarla como el agua en vino, para darle la oportunidad de vivir la fiesta de las bodas con Cristo también dentro de las bodas humanas.

Las bodas de Caná nos revelan que ni siquiera los que se casan pueden vivir una verdadera fecundidad de vida, una verdadera plenitud de relación matrimonial, ni siquiera paterna o materna, sin "invitar a Jesús" (cf. Jn 2,2), sin anhelar la venida de Cristo. Hay una dimensión de la castidad en el matrimonio cristiano que, más que física, está en el corazón. No hay que olvidar que incluso los que están casados viven en el anhelo de que venga el Esposo. Si no se anhela a Cristo, la unión con Él, la relación con la esposa o el marido, o la relación con la comunidad, o con los superiores, no encuentran realización, no tienen sustancia. Sólo Cristo es la plenitud de todo.